

Fragmento del discurso *Sobre la indiferencia y el ocultamiento: la indefinición cultural canaria* de Manuel Padorno, leído el Día de Canarias, 30 de mayo, con motivo de los Premios Canarias de 1990.

Una de las profundas características del alma canaria, porque le ha ido bien, hasta hoy, es, en el «negocio», la indefinición. Uno va buscando por el campo una piedra redonda que le sirva de *ready made* y la encuentra justamente delante de un hombre que está sentado al borde del camino. Uno ve la piedra, la contempla. Uno no tiene más remedio, antes de cogerla, el hombre está ahí al lado, que preguntarle: *¿Esa piedra es suya?* Después de mirarle a uno detenidamente, le contesta: *Oh, ella está ahí.* Y tras una pequeña pausa, algo incómoda, uno vuelve a insistir: *¿Pero es suya?* A lo que vuelve a contestar parsimoniosamente: *Oh, depende.* Este *depende* has sido tenido muy en cuenta por todos nosotros. Ese *depende* puede llevarnos a realizar un intercambio mágico de cosas: la piedra que yo encuentro como expresión de mi arte, por cualquier artículo, insólito, que él pueda necesitar de la ciudad; de ahí quizá nazca una relación que dure toda la mañana o toda la vida. *Depende* de cómo se den las cosas. En el «negocio» canario, a través de los siglos, nos ha ido bien mantener esa filosofía arraigada en las metáforas de la transición y, en esa prolongada tradición oral, hemos visitado Europa, hemos abierto mercados a nuestros productos agrícolas, desde el más sabio analfabetismo cultural, desde el ansia espiritual canaria, desde la imaginación, la fantasía y el ingenio canarios.

[...]

HA TERMINADO EL TIEMPO de la indefinición del hombre canario. De este hombre del Sur de Europa, del Norte de África, del Este de América: el hombre de la comarca canaria: el hombre de la Región canaria. Esa es nuestra tarea. Tenemos que arreglar el solar como sea. Se nos está viniendo abajo el paisaje, lo estamos degradando en las costas y en los campos; esta lenta porfía del mundo cultural canario, tan inútil, de querer atajar, con lo que hace cada uno, tanta barbarie ciega, no sabe qué hacer ya, se las ve y se las desea para espantar al fantasma del desastre.

[...]